

LOS MANUSCRITOS DE LA EXPEDICION BOTANICA

Por Guillermo Hernández de Alba

Academia de Historia

La expectativa científica despertada en España para su gloria científica con la promoción de varias Expediciones Botánicas en sus dominios de Ultramar, mantiene el ojo avisor de la Corona que con tanto regocijo, aunque tardío, recibe y aprueba el Decreto memorable del señor Caballero y Góngora, de 10. de abril de 1783, que llega a la Corte precedido de luminoso informe redactado por el propio Mutis con el recuento increíble y maravilloso de cuanto ha realizado a solas en los variados campos de la historia natural, acicate de su vida de estudio, de su propia razón de ser y el motivo único que le trae a América en plena juventud.

“Es verdad que el grande amor que he tenido a la Historia Natural me inflamó hasta tomar la resolución de venir a la América, pero este mismo amor ha sufrido estar interrumpido y aun tal vez deseado vencerse en la continuación de la *Historia Natural de América*, que pensaba acabar en pocos años, por los sublimes estudios de matemáticas, que ciertamente me deleitan y por el oficio público de instruir a la juventud americana en los sólidos conocimientos de la física y matemáticas, que me quitaban la porción más precisa de mi descanso. No obstante, para confesar la verdad, jamás experimenté que del todo se hubiera apagado en mí el amor a esta ciencia, estimulado frecuentemente por la memoria de la agradable vista del amenísimo paraíso en que habito y de los encendísimos deseos de perfeccionar mi obra y servir a mis amigos. Esta ha sido la causa de irse insensiblemente dilatando por muchos años aquella alegre esperanza de lograr los últimos progresos en las cosas pertenecientes a la Botánica: bien que entre tanto, ni amedrantado por la abundancia de mis descubrimientos en que era necesario emplear mucho trabajo, ni asustado por los crecídísimos gastos empleados en pinturas, dibujos, colecciones de ejemplares buscados por todas partes, correspondencia literarias y, finalmente, en las excursiones muy precipitadas, jamás desistí de mis

primeros intentos, jamás dejé de mezclar los estudios más serios y los molestos gemidos de los enfermos con estas mis delicias, ni jamás aparté la mano de mi obra comenzada”¹.

Se presenta ante el Virrey-Arzobispo con las manos colmadas de tesoros; fruto de veinte años de tenacidad, de lucha, de pasión. Ahora el mandatario neogranadino que le descubre en el amable y feliz retiro de los minerales de El Sapo, organiza para él el sueño de su vida y busca indemnizarlo de tantos sacrificios, esfuerzos económicos y morales.

Desde el año de 1764, escribe Mutis al Rey, “Desde los principios del año de sesenta, en que resolví mi proyectado viaje, no me hallo ocupado en otros pensamientos que en los que podrían conducirme al logro de mi suspirada expedición. Empresa que sólo se dirige a producir honores a la Nación, utilidad al público, extensión al comercio, ventajas a las ciencias, nuevos fondos al erario real y gloria inmortal a Vuestra Majestad”².

A su viejo amigo y colega el eminente médico de cámara del Rey, don Francisco Martínez de Sobral le resume su ingente tarea magistral de seis lustros entre nosotros:

“...Mi principal ocupación ha sido en treinta años el ejercicio de la medicina con las alternativas de gustos y amarguras que produce la Facultad en corazones tiernos y sensibles hacia el bien del prójimo. He disipado francamente, sin previsión mía, el caudal que iba adquiriendo, para hallarme imposibilitado de volver a Europa y pegado mi corazón a mi excelente biblioteca y gabinete; formando entre tanto una multitud de discípulos y aficionados a las ciencias útiles en un Reino envuelto en las densísimas tinieblas de la ignorancia, a pesar de una juventud lucidísima, ocupaciones que me constituyen el oráculo de este Reino, con satisfacción de mis interesantes tareas”...

“...Mi extraordinario amor a la botánica, de que vuesa merced fue testigo en otro tiempo, ha hecho glorioso mi nombre y espero que con los auxilios que me ha franqueado el Rey, verá la Europa sabia una obra sin poder persuadirse a que tales originales se hayan trabajado en América. Puedo decir que el inmortal Linneo, que me honró hasta su muerte, fue el instrumento de conservar yo tal afición, pues estuve a pique de renunciar a ella y regalar mis manuscritos a la Academia de Estocolmo, luego que me vi burlado en el Ministerio español. cuando representé desde el año de 63 todas las ideas magnificas de Jardín y Gabinete, de que sólo me queda el gusto de haber sido el precursor”...³.

Precursor sí, de un maravilloso proyecto que pocos años después realizaría en la Corte el guayaquileño Dávila, con más de veinticinco años de residencia en París y otros tantos de formar una rica colección de Historia Natural que adquirida por Carlos III, le permite fundar el Gabinete o Museo de Historia Natural que tanta gloria da a la Monarquía.

A este pensamiento primigenio, agrega ahora en 1783 la síntesis programática aún por realizarse entre nosotros, pero que él pretende abarcar con la secuencia increíble de una realización imposible.

A propósito del mayor proyecto científico, escribe el sabio:

“Una real expedición tan ruidosa dejaría desairada la expectación del público, si sus individuos se limitasen solamente a las precisas tareas de recoger las curiosidades de la naturaleza del Nuevo Mundo, contentándose con conocerlas, describirlas, dibujarlas, depositarlas en el Jardín y Gabinete Real de la Corte, publicándolas últimamente a nombre del sabio que funda en estos conocimientos sus principales delicias. Nuestros prolijos reconocimientos por todas las provincias de la América septentrional irán continuamente suministrando las noticias originales para la colección de los fragmentos, que servirán algún día para la formación de una historia completa en lo geográfico, civil y político, acompañada de todas las observaciones físicas correspondientes al gusto del siglo y a interesar la curiosidad de todos los sabios”...⁴.

La Expedición que desde el primer momento alcanza categoría universal por las extensas relaciones científicas de su Director es la del Nuevo Reino de Granada, hoy Colombia. La atención de la Corona no es menor franqueando al sabio Mutis cuantos medios considera necesarios para el logro de su empresa. Bajo su experta dirección numeroso personal de pintores adiestrados por él en el arte precioso del miniado y la pintura al fresco, van copiando en láminas tan perfectas como la naturaleza misma, la variada y preciosa flora colombiana, mientras Mutis y Eloy Valenzuela colman sus Diarios científicos con descripciones magistrales de nuevos géneros y especies establecidas. Aspira a que su obra sea como el núcleo fundamental de la Flora americana.

Para el año de 1785, hace tres que se ha constituido oficialmente la Expedición neogranadina, promete Mutis remitir a la Corte los tres primeros volúmenes de su obra. En vano espera el Monarca las primicias científicas de quien como ninguno otro de los naturalistas esparcidos por América, tiene que dar el mejor y más erudito rendimiento.

En el Archivo Nacional existe un grave documento que forma parte de mi compilación mutisiana. Se trata de una carta exclamatoria dirigida por el Ministro Antonio Porlier al Virrey Ezpeleta, con orden perentoria del Rey para que, vencido al plazo señalado por Mutis para enviar los tres primeros volúmenes de su obra para su inmediata publicación, se remita cuanto antes lo que esté concluido. Allí se dice, entre otros numerosos argumentos que mantienen desconcertado al Monarca:

“Las bien fundadas esperanzas que se concibieron desde que se adoptó la grande idea de dar a luz la FLORA DE BOGOTA, trabajada por Mutis, con todos los auxilios a la mano y el ahinco con que Su Majestad deseaba que lograrse el público este tesoro que aguarda con impaciencia, exigía que se hubiera dado noticia sucesivamente de su estado y progresos. Este silencio no ha dejado de causar extrañeza en el ánimo del Rey, quien me manda encargar a vuestra excelencia muy estrechamente como lo hago, que sin dilación envíe a llamar a esa capital a Don José Celestino Mutis, para que le de cuenta formal y por escrito de todo lo que haya practicado desde que se le confió la dirección de la Expedición Botánica de ese Reino, en virtud de real resolución del año de 1783; del estado en que tenga cada una de sus obras, con sus dibujos correspondientes y de lo que hayan adelantado los dibujantes enviados de Madrid. Y quiere Su Majestad que vuestra excelencia proceda desde luego a remitir las obras o tomos de ellas, o tratados particulares que estuvieren concluidos y para darse a la prensa, pues tiempo hace se enunció como concluida la Quinología y poco hace el ARCANO DE LA QUINA REVELADO. Ultimamente es la voluntad del Rey que vuestra excelencia esté muy a la mira y de cuantas providencias juzgue oportunas para que se prosigan con todo calor y acierto las operaciones de la Expedición y de la Flora de Santafé, avisando puntualmente a este Ministerio cuando se adelante para la instrucción de Su Majestad y disposiciones que tenga por más convenientes. Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. San Lorenzo, 27 de octubre de 1789. *Antonio Porlier*. Señor Virrey de Santafé, Don José de Ezpeleta”⁵.

Tan perentorio oficio, del que se da traslado al Sabio Mutis, origina las rápidas gestiones del Virrey Ezpeleta para ordenar, a pretexto de salvaguardar la salud del infatigable director, su viaje definitivo a la capital neogranadina. Algo debe traslucir o entender Mutis, quien dolido en el alma escribe el mejor informe salido de su pluma y de su amargado corazón, documento que tanto, tanto

nos ilustra sobre la tarea abrumadora desarrollada en Mariquita. Es el balance de un hombre extraordinario sobre quien pesan, sin consideración alguna a sus años y a su afectada salud, los más graves y urgentes compromisos oficiales, muchos de ellos bien distantes de su única obligación científica. Esta pieza constituye el propio monumento que por sus manos se erige el magno civilizador del Nuevo Reino. No dudo un momento en incorporarlo íntegro en esta comunicación académica, que tanto honor me hace. Prevalece, además, en la desesperante espera por el fruto científico-literario de la magna empresa cierta manera particular del sabio, que consigna claramente el ingeniero militar Esquiaqui al sabio mineralogista Juan José D'Elhuñar, escrita en Santafé el 30 de diciembre de 1786:

“Agradezco infinito las expresiones del amigo doctor Mutis y siento que sus incesantes tareas siquiera le dejen algún descanso, considerando que su quebrantada salud no contribuye a tantas fatigas, que acabarán con su vida ciertamente.

“En otras ocasiones le he manifestado con demostración de cálculo de la vida, siguiendo lo que se ha figurado, queriendo abrazarlo todo, que es limitada la del hombre y, en fin, que fenecería metido en el piélago de sus vastas adquisiciones, que otros tendrían la satisfacción de publicarlas al mundo facultativo. Nada basta para convencerle de sus propuestas. Todos sus amigos quisiéramos que principiara a dar a luz sus trabajos poco a poco; pero, según el plan de sus ideas, quiere que los veinticuatro volúmenes salgan de una vez. Esta es la obra de sus mayores fatigas, que le han aniquilado su salud”⁶.

“Al Excelentísimo señor Virrey don José de Ezpeleta.

“Excelentísimo señor:

“Aunque en el corto intermedio que ha pasado entre las dos reales órdenes de 27 de octubre de 89 y 27 de enero del presente año, parezca por la segunda quedar desvanecidas las vehementes sospechas sobre el atraso o absoluto trastorno de la Expedición Botánica de este Reino, deducidas del profundo silencio que en la primera se menciona, es propio de mi obligación satisfacer a los cargos que en ella se me hacen y manifestar la disposición en que se hallan mis obras para poderlas remitir sucesivamente como se me ordena en la última.

“Sin que sea necesario que yo me detenga en pintar el carácter de sensibilidad y pundonor a que llevo siempre arregladas mis operaciones, ni menos en recordar las raras circunstancias que precedieron para obligarme a entrar al real servicio cuando menos debía desearlo, bastará solamente para dar un indicio de la impresión que debieron hacer aquellas reconvenciones en mi corazón, suplicar a los pies del Trono se designe, su ilustrado Ministerio, traer a la vista los irrefragables documentos que han acreditado mi arruinada salud por las extraor-

dinarias tareas dimanadas del Ministerio mismo sin haberlas yo solicitado. Siendo pues el sacrificio de la vida el mayor que hace un avasallo en el servicio de su Soberano, y a que no pueda recibir recompensa en lo humano, le queda la satisfacción de justificar en todo tiempo su conducta con la de transmitir a la posteridad la gloria de haberla pospuesto a las inmensas fatigas del real servicio. En las citadas reales órdenes no se descubre siquiera un rasgo que indique su noticia, para equilibrar, en cierto modo, la generosidad con que el augusto Carlos III se dignó dotar esta Expedición, quedando desvanecidos al inmenso peso de la real generosidad los progresos de mi *Flora*, los servicios de mis comisiones y el sacrificio de mi salud. Dejando esta última a los designios de la Divina Providencia, que todavía me la conserva en medio de mis habituales indisposiciones, suplico a vuestra excelencia se sirva agregar a éste los documentos a que me refiero, pues si en unos consta positivamente que jamás se ha interrumpido la comisión principal de mi *Flora*, por otros se vendrá en conocimiento de las comisiones que pudieron atrasarla, si hubiera prevalecido en mi concepto la conservación de mi vida.

“Yo entré solicitado al real servicio; y el hecho mismo de haber abandonado en el último tercio la dulce satisfacción de una vida filosófica, sin otra dependencia que la muy afortunada que imponen la religión y el vasallaje, es una prueba nada equívoca de los esfuerzos que saco de mi flaqueza para desempeñar esta comisión, ya que no los tuve para resistir a las eficaces persuaciones con que batirían la última resolución de un hombre lleno de años y experiencias para reglar sus comodidades y disponer de sus obras literarias, combinando sus reflexiones en lo moral y político. En fuerza de estas mismas me había negado anteriormente a las instancias de los señores Virreyes don Manuel de Guirior y don Manuel Antonio Flórez, que no pudieron conseguir mi anuencia, debida posteriormente al imperio sobre aquella religiosa obediencia con que debe comportarse un eclesiástico y que me impuso el Arzobispo-Virrey, cuando de propósito se dignó visitarme y sacarme de mi escondido retiro.

“En vano hice presente que ya fuese por cierta debilidad que acompaña siempre al hombre más justificado, o ya fuese por el incontestable derecho que cualquiera autor tiene a sus producciones literarias, estaba yo resuelto, desde el tiempo de mis desatendidas representaciones al Rey, a mantener la gloria, que de justicia me competía, en haber seguido mi carrera a mis propias expensas, siendo ya muy difícil recompensarme las grandes sumas invertidas en veinte y dos años. Accedí finalmente con ciertas condiciones, que por mi honor y desinterés no he reclamado; y si propuse la preliminar de los dos mil doblones, de que no puedo acordarme sin rubor, no me ocurrió por el pronto algún otro medio más decente, porque dedicado enteramente al real servicio me hallaba privado de los arbitrios con que hasta entonces había sostenido mis proyectos literarios. Tan lejos está de haberseme

beneficiado en esta parte, como que mis amigos instruidos en mis aventajados recursos y mirando más bien a mis particulares intereses que a las glorias de la nación, más de una vez me han echado en cara la resolución de admitir una gratificación y sueldo, que no siendo aquella compensación de mis gastos, tampoco alcanza éste a mi subsistencia por los enlaces de la naturaleza. Dispénsame vuestra excelencia la modesta libertad con que expongo las circunstancias de mi situación anterior por el derecho que tengo a manifestar, que no estaba yo sepultado en la miseria cuando me obligaron a entrar al real servicio ciertas circunstancias, que jamás hice valer en el Ministerio; pero podré por lo mismo recordarlas y ponerlas en balanza con la Real magnificencia con que el augusto Monarca se dignó ampliar los auxilios de mi Expedición en orden a la dotación de pintores. En la dirección de este ramo tan difícil como esencial he sabido ahorrar los cuidados del Ministerio y reducir por mis economías una suma muy inferior a lo que sueña el número de tantos pintores americanos solicitados y formados bajo mi mano, como lo expuse en el adjunto No. 1, pero también a costa del sacrificio de doblar las tareas, que debían repartirse entre los dos botánicos, sobre cuyo pie se formó el Plan de Expedición, quedando en olvido y trastornada esta parte tan esencial por los cuidados ministeriales de aquel tiempo.

“Esos mismos cuidados no dejarían percibir otras circunstancias, que posteriormente cedían en perjuicio del premeditado Plan de Expedición con las condiciones mismas que yo lo propuse: ordenándoseme, por ejemplo, que no la principiase ni entrase yo al goce del sueldo hasta concluir mis obras anteriores; que era lo mismo en buenos términos que dar la última mano a la obra proyectada. Tales cláusulas fueron dictadas sin duda por el deseo de anticipar alguna gloria a la Nación, sin advertirse los perjuicios indirectos a la expedición y el gravísimo que en derecho se me hacía en que yo limase mis obras consumiendo mi salud y mis días sin más sueldo ni auxilios que lo que sonaba la mencionada gratificación; negocio tan absolutamente incompatible por todas sus circunstancias que estremeció el Arzobispo-Virrey de mi desistimiento al peso de mis reflexiones, me ordenó seguir la Expedición comenzada y por otra aprobada en la misma real orden, en que se le comunicaron las amplísimas facultades para auxiliarla.

“Parecía regular que no sólo por desempeñar las nuevas obligaciones del real servicio, sino también por conservar la reputación y crédito que he debido, trabajando como particular, a los sabios extranjeros, podía esperarse de mí alguna gloria de las que indica la real orden de aprobación; y a consecuencia debió fiárase la Dirección de una obra, que llenase tal vez los deseos de la Europa sabia. Así vino mandado y juntamente que yo formase las instrucciones con acuerdo del Arzobispo-Virrey, promotor primitivo de esta expedición: con cuyas satisfacciones y la rehabilitación que dispuso el

mismo, justamente ya comprometido su honor, renuncié a mis intereses particulares, siguiendo mis tareas con el mismo empeño con que sin sueldo alguno las había principiado en la Expedición interina,

“En tal estado no debía ya pensar en otra cosa que hacer prosperar mis ideas a consecuencia de las magníficas del Rey y de su ilustrado Ministerio. Me retiré a esta ciudad solitaria con el designio de concluir las dos primeras obras, que fuesen las precursoras de la *Flora de Bogotá*. Si con una satisfacción los deseos del Ministerio, remitiendo un volumen de mis géneros y especies de plantas nuevas, acompañado de las suficientes láminas de la flor y fruto a imitación de las que dieron Plumier y Forster, con la otra desahogaba los míos por la predilección con que he mirado la historia natural de la *Quina*. A fines del año 86, tenía ya tan adelantadas estas obras que me hubiera sido fácil concluir las a no haberlas interrumpido dos grandes acontecimientos. El mayor de todos y también el infausto para mi salud, consistió en el cúmulo de comisiones en que me empeñaron las honoríficas expresiones del Ministerio anterior, sin reparar yo que no siempre corresponden las fuerzas del cuerpo a las de un ánimo emprendedor y agradecido. Por su parte no fue menor el segundo; porque habiéndome entregado en los intervalos de mi natural reposo a la inmoderada lección de las obras botánicas, que posteriormente conseguí a mis expensas, restituida la libertad de la navegación después de la guerra; descubrí el dilatado campo que me faltaba recorrer para ordenar la multitud de notas que había ya recogido, sin las cuales no podían manifestarse mil equivocaciones de los predecesores y viajeros coetáneos.

“A poco tiempo comenzaron a flaquear mis fuerzas; y el raro empeño de dar primero mi vida que apartarme de todas las comisiones pendientes con perjuicio conocido de los reales intereses y de mi honor tan enlazado con su Administración, ha espantado a todos mis amigos y personas prudentes, que presenciaron mi fatal situación; acusando la indocilidad con que trampeaba y eludía las órdenes del Arzobispo-Virrey, tan empeñado en cuidar de mi restablecimiento como yo resuelto a sacrificar la vida por mi honor. Ya no se trataba por ese tiempo de estrecharme ni por la remisión de aquellas primeras obras, ni por la continuación de mi *Flora*, constándole al señor Ministro las ocupaciones en que me tenía metido y satisfecho el Jefe de este Reino en aquella época como testigo más inmediato, que ninguna ocupación, ni menos mis achaques, han podido influir en perjuicio directo de la *Flora* por su parte más difícil que es la de pintura.

“Por una especial providencia del Altísimo he sobrevivido a los inmensos cuidados de siete años; y aunque me rodean no pocos para atar cabos, desprenderme de comisiones y trasladarme a la capital, como lo expuse a vuestra excelencia en mi Oficio No. 2, los igualo a las esperanzas del afligido navegante arrojado en alta mar cuando divisa la

playa y se lisonjea haber escapado de los peligros del naufragio. Semejantes lisonjeros pensamientos animan la debilidad de mis fuerzas, persuadido a que teniendo a vuestra excelencia por testigo de las operaciones de mi oficina y de los trabajos que cuesta la composición de una obra de esta clase, se dignará elevar a la consideración del Rey los servicios de un naturalista perpetuamente condenado a separarse de la sociedad para vivir arrastrado por los montes, sufriendo las incomodidades y peligros que allá no se conciben por desconocidos en Europa. Reconocerá vuestra excelencia el cúmulo de mis láminas, que excediendo de seiscientas sobre otros tantos diseños, no es inferior cada una, ni más dilatado el transcurso de siete años al de las preciosas Floras que se han publicado y aún se continúan en Copenhague, Viena, París y Londres, donde sobran, sin comparación los recursos para tales empresas.

“Con este repuesto y la facilidad que han adquirido ya mis pintores a pocos meses de mi llegada a la capital, podrán hacerse las sucesivas remisiones que ordena Su Majestad, sin que pueda interrumpirlas otro impedimento por mi parte que algún acontecimiento imprevisto, o mi fallecimiento, de que hago memoria sin mayor sobresalto, como acostumbrado, después de cinco años, a mirarlo más de cerca y disponerme para este golpe.

“No por esto me desentiendo de las primeras obras. La que yo espontáneamente ofrecía sobre la *Quina* será la primera; pero la otra en que se me hacía trabajar para publicarla como anuncio de la *Flora*, podrá considerarse más ventajosa por los aumentos que ha recibido y aún por el sólo respeto de cerrarse con ella la principal obra proyectada; porque incluyendo este volumen la numeración sistemática de todas las plantas examinadas en los territorios que suministran las de la *Flora* y todas las restantes que no puedan pintarse, se deben mirar como un volumen separado, que aunque publicado posteriormente será el primero que se tenga siempre a la vista en el reconocimiento de las láminas. Regularmente los autores de tales obras han seguido el camino de publicar sus *Prodromos* como anuncio de mayores obras; pero no habiendo en esta obra ley que la sugerida por el deseo de asegurar la época de sus descubrimiento en los tiempos anteriores hasta la mitad del presente siglo, sospecho que en los actuales, en que se multiplican a competencia los viajes y se recogen plantas de todo el globo, resultarían a la Botánica no pequeños perjuicios de tan precipitados anuncios.

“Este solo respecto hace más difícil en nuestros tiempos la composición de una obra botánica sobre los imponderables que ofrece el estudio de la naturaleza. Siendo incontestable la época de mi viaje, pospondré la gloria pasajera de descubridor primitivo, si la disputaren, a la real y sólida de presentar láminas bien acabadas; procurando dirigir mis tareas al verdadero progreso de la ciencia. A este mismo intento he solicitado a mucha costa mía sobre

ochenta obras botánicas y algunas tan caras, que asciende el valor de todas a seis mil pesos, en cuyo nuevo empeño he querido competir con la donación de instrumentos y libros que me hizo el augusto Monarca; pero con la diferencia de haber yo conseguido en tiempo mis remesas, cuando las debidas a la generosidad del Rey no han llegado a completarse. Desde que advertí la tardanza de la última remesa, cuyo aviso consta en el No. 3, no he cesado de reclamarla; y vuelvo a suplicar se averigüe su paradero en la aduana de Cádiz, donde se mantendrán arrinconados, ya que se me ha puesto en la necesidad de satisfacer a reconvenções de tanto peso. Por lo mismo sería muy culpable mi silencio a la que sobre ella se me hace en el concepto de haber yo disfrutado tan generosa donación.

“Tampoco los llamados botánicos Calzado y Méndez, que vinieron puramente en clase de pintores, han llenado las magníficas intenciones del Rey, ni mis esperanzas. Muy lejos de haber reportado la Expedición algún progreso de estos dos operarios, se halla recargada con sus sueldos inutilizados; cuya reparación puedo solamente prometérmela de los arbitrios que propuse a vuestra excelencia en mi Oficio No. 4, y a consecuencia se dignó aprobarlos vuestra excelencia en superior decreto de 30 de junio de este año. Mi actividad acompañada de alguna previsión por la experiencia en el vencimiento de tan multiplicados obstáculos me hizo anticipar mis diligencias para poder asegurar a vuestra excelencia que ya llegaron a Popayán dos pintores que vienen de Quito; y si por desgracia se frustra la consecución de los restantes, me queda el último recurso de solicitarlos a mi llegada a esa capital, donde probablemente hallaré algunos jóvenes puramente dibujantes, que con mis industrias y las del pintor maestro de la oficina, se habilitarán en este género de pintores.

“Por último descargo a la reconvenção indirecta que se me hace de no haber tampoco remitido el *Arcano revelado*, que yo ofrecí últimamente, debo satisfacer con aquella sinceridad y franqueza que caracterizan a la gente de letras, sin ocultar sus resentimientos. Es muy cierto que ofrecí a los pies del Trono aquella obrilla fruto de mi práctica, electrizado por las decorosas expresiones de la real orden de 12 de mayo, que tanto inflaman a los hombres de honor; pero siendo igualmente cierto el no haber recibido contestación directa en este particular, que volviese a disipar las reconvenções que yo mismo me hice posteriormente por mi ligereza en tal ofrecimiento, era muy natural dejarlo reservado para otro tiempo. La contradicción que está sufriendo el Proyecto de mayor beneficencia a la humanidad y las innumerables que yo he sufrido en este punto, me han puesto más de una vez en la disculpable tentación de abandonar esta orilla a la suerte de las póstumas; persuadido por otra parte de la fermentación que debe causar entre los profesores de medicina una novedad que les atribuye innumerables errores de su práctica; y que

no todos guardarán tanta equidad con su Autor, como esté en disculparlos de sus inevitables equivocaciones. A pesar de estas legítimas causas de mi silencio, ya que se me ha tomado la palabra, venceré mi repugnancia y remitiré el prometido *Arcano* antes de salir de esta ciudad, para que la ilustración del Ministerio haga de la obrilla el uso que tuviere por conveniente.

“De todo lo expuesto resulta que hallándome tan gravemente perjudicado en mi salud, intereses y tranquilidad; que no habiéndose interrumpido un sólo día las operaciones de mi oficina, ni las tareas de mi primitiva Comisión; que sumergido tal vez más de lo justo en ocupaciones ajenas de mi instituto y estado, sólo por contentar los deseos del Ministerio, nada de esto se haya tenido presente, ni sugerido a la ilustración de tan humanísimo Ministerio al tiempo de extender una real orden, cuyo espíritu indica nada menos que recelos fundadísimos de la reprensible conducta del Director, a quien se le reconviene como únicamente ocupado en esta Comisión, en el concepto de sano y amplísimamente favorecido y por otra parte sepultado en la inacción y con algunos visos de poco agradecido a las generosidades de los augustos Monarcas que tan distinguidamente protegen esta empresa literaria; recelos puramente deducidos del silencio de la secretaría de que no puede ser responsable el Director.

“La Divina Providencia, que pesa sin engaño las acciones del hombre, no ha permitido que sufriera mi corazón tanto cúmulo de amarguras por más tiempo; disponiendo que el informe del Excelentísimo inmediato antecesor de vuestra excelencia dispase las vehementes sospechas que se habían concebido contra mi conducta y agradecimiento. Y finalmente, ya que mi corazón se mantiene generosamente desprendido de las ambiciosas ideas sobre compensación de mis intereses y remuneración de mis servicios, me contemplo justamente acreedor a la piedad del Rey y a la equidad de su humanísimo Ministerio, para que atendiendo siquiera mi arruinada salud, no se le aflija con ideas de inacción e ingratitud, a un literato que positivamente ha pecado no menos de activo que de agradecido. Por tanto suplico a la justificación de vuestra excelencia se digne informar a su Majestad a continuación de lo referido en esta respuesta cuanto pudiese indagar y le constare a vuestra excelencia acerca de mi conducta. Yo de mi parte vuelto a protestar a vuestra excelencia que no llenan mi corazón otros pensamientos que los dirigidos a desempeñar mis obligaciones cuando no fuera por mi honor comprometido entre los sabios de Europa; siquiera por mi conciencia, que no me deja olvidar la responsabilidad contraída desde mi entrada al real servicio.

“Nuestro Señor guarde la importante vida de vuestra excelencia muchos años.

“Mariquita, 25 de agosto de 1790.

“Excelentísimo señor

JOSE CELESTINO MUTIS.

Excelentísimo señor Virrey Don José de Ezpeleta”⁷.

En 1794, se extraña don Francisco Martínez, Dean de la Catedral de Bogotá, comisionado confidencialmente por el Rey, de que al tiempo que la colección de láminas progresa en forma admirable para espectación del mundo, no así el texto científico que las debería acompañar. Desde este momento se piensa en que, quizás, el sabio Mutis defrauda las esperanzas de la ciencia.

Esta idea cobra fuerza a la muerte del insigne botánico. Los inventarios practicados entonces parecen confirmar la especie. El secretario del extinguido Virreinato, Coronel don José Ramón de Leyva, escribe en 1811:

“Abiertos los legajos, se nota que, además de infinitos corrales o vacíos, lo escrito sólo contenía apuntes diminutos y confusos que el finado había hecho, probablemente mucho tiempo antes y en gran parte sólo inteligibles al mismo: en suma, para la legitimidad de la entrega, se me hizo comprender y en medio de carencia de conocimientos de esta facultad quedé convencido de que la FLORA DE BOGOTA era una obra que debía escribirse enteramente nueva y original, sirviendo los manuscritos lo más como auxilio en alguna de sus partes”⁸.

Mas no es sólo esto. En momentos en que ocurre la muerte del maestro se acusa del robo de los manuscritos al excelente pintor Salvador Rizo, el hombre de toda la confianza de Mutis y su albacea testamentario y quien desde la constitución, en 1783, de la Expedición Botánica, ha corrido con la administración económica, la dirección de los pintores y, en fin, con las mayores responsabilidades económicas de la Expedición. De tal calumnia no puede librarse en los años subsiguientes de su existencia: en vísperas de ser ajusticiado por su participación en la Independencia Nacional, todavía rinde declaraciones para descargarse de tan injusto y grave cargo que aún persigue su memoria.

Don Sinforoso Mutis, el afortunado sobrino del sabio, a quien éste señala para dirigir la sección de Botánica de la Expedición, al componer sus Décadas, no tiene reato en anotar sobre un texto original de don José, relacionado con la “Classis 16 - Monadelphia”, “En esta clase faltan las descripciones siguientes remitidas a Linneo, por donde se conoce que los manuscritos de Don José Celestino Mutis han sido robados. El autor de esta fechoría es bien conocido y no puede haber sido otro que su mayordomo y albacea. De los trabajos de Mariquita apenas hay borradores y de 16 años de Santafé no hay nada”⁹.

La primera planta trabajada por Sinforoso al iniciar su tarea botánica el 13 de marzo de 1809, es el Espino de Cruz, árbol pequeño, cuya descripción hecha por el Director de la Real Expedición Botánica lleva la fecha de 10 de agosto de 1785, texto que podemos considerar prototipo y que pone de manifiesto el exquisito cuidado que el maestro acostumbra. Dice así:

“Arbol de pequeña estatura.

“Las ramas decusadamente opuestas horizontales, aproximadas y varejonadas, derechas cilíndrico-tetragonas: gruesas hacia la basa de dos a tres líneas, adelgazadas hasta la punta; largas de 1/2 hasta 2 pies; la corteza lisa pardo claro, en otra cenicienta.

“Espinass decusadamente opuestas, robustas erecto-patentes gruesas en la basa 1-1/2 líneas adelgazadas y terminadas en puntas agudísimas punzantes 1 pulgada larga, en trechos de 2 pulgadas.

“Entre las espinass regularmente dos y dos, yemas decusadamente opuestas: cada una compuesta de escamitas muy pequeñas que forman un pitón más o menos sobresaliente; de allí salen aproximadas de cuatro hasta seis hojas desiguales en magnitud y figuras; todas brevemente apezonadas, ovadas, ovovadas, lanceoladas, en forma de cuña, unas obtusísimas, algunas un poco agudas, todas enterísimas: corren adelgazadas por el pezón: la costilla muy delgada y casi desvanecida desde la mitad hasta la punta; mas manifiestas por uno y otro lado las venas laterales; las venas laterales pocas alternas salen en ángulo agudo, suben muy derechas y antes de llegar al margen se doblan para unirse sin tocar en él con la inmediata superior; planas lisas, algo tiesas y relucientes no poco por encima; allí de un verde claro y mucho más por debajo: largas 1/2 hasta 1-1/2 pulgadas, anchas 4 líneas 8 líneas.

“El pezón pequeño marginado por las hojas.

“Debajo de cada espina se halla una hoja regularmente ovada, agudilla: en todo lo demás semejante.

“Las flores terminales al botón escamoso de donde salen las hojas; sentadas; una sola y a veces dos.

“El color de toda la flor de un amarillo pálido; el del cáliz y germen verdoso; el diámetro del limbo 6 líneas; largo del tubo 2 líneas. La flor antes de explicación oblongas, adelgazadas en la basa y puntas agudas; su limbo sin mucha contorsión, aunque la mitad del disco izquierdo de cada lacinia cubre la mitad a la derecha de su inmediata. Por tanto deben ser subcontorta.

“Cáliz. Periantio campanudo, tubulado, adelgazado en su boca y truncado pero a iguales distancias, terminando en cinco dientecillos lineares agudillos, casi de igual longitud y del alto del tubillo (2/7 de línea) algo revueltos; liso; persistente; corona el germen.

“Corola. Pétalo hipocrateriforme.

“El tubo derecho confusamente pentágono, algo adelgazado en la basa y perforado: la boca con vellos sencillos, agudos, larguitos, derechos entre los estambres.

“El limbo grande partido en cinco partes hasta la boca del tubo, oblongas, agudas, enterísimas alternadas con las divisiones del cáliz.

“Estambres. Los filamentos apenas manifiestos.

“Las antera lineares, obtusas por ambos extremos: echadas hacia afuera, sin escotaduras en la boca y por allí insertas a la boca del tubo en las divisiones del limbo con tres surcos uno intermedio y dos laterales; rompen por las caras; largas una línea, anchas 1/4 de línea.

“El polvo lobuloso manifiesto.

“Pistilo. El germen inferior, pequeño 1-2/4 de línea largo (asi lo mismo grueso en la parte superior) ovovado, liso, verdoso; inmergido en las escamillas de las yemas.

“El estilo derecho, cilíndrico, gruesecillo de toda la altura del tubo, liso.

“El estigma grueso, compuesto de dos láminas oblongas, interiormente planas, exteriormente convexas, obtusillas, aplicadas por sus caras interiores, derechas, lisas: y se descubre en la boca del tubo.

“Nectario receptacular: una glándula globoso-depresa, lisa, reluciente verdoso-amarillosa; llena exactamente todo el receptáculo de la flor; perforada en el centro para dar paso a la boca del estilo que abraza estrechamente.

“Periantio. Baya oblonga, algunas veces regularmente globosa, otras ovadas, algo aplanada, coronada con el rudimento del cáliz marchito y punta protuberante, formada por el nectario persistente con ombligo perforado; alta 4 líneas, ancha casi lo mismo: lisa sub-bilocular.

“Semilla. Cuatro dos y dos convexas exteriormente por los lados planas; llenan exactamente toda la cavidad.

“No me consta si esta baya, por lo jugosa, degenera frecuentemente en caja. Jamás he visto abierta fruta alguna.

“El tabique es una pequeña división de una lámina delgada, sobresaliente a la pared interior como si dividiera el loculamento en dos celdillas; pero no estando continuado dicho tabique queda común el loculamento casi desde media línea hasta el centro, hecha la separación de cada dos semillas hacia su superficie.

“Esta es también una de aquellas fructificaciones fáciles a equivocar su germen con el nectario antes de ver su fruto”¹⁰.

Cuidado del soberano español es salvar del vendaval revolucionario la ingente obra realizada en tantos años de laboriosa actividad. Llevada a España en 1817, es recibida en Madrid por el propio monarca y de su orden distribuidas las colecciones que la integran, en los diferentes institutos de su especialidad. En el Real Jardín Botánico se guarda desde entonces, como verdadero tesoro, la colección de láminas y el abundante archivo personal de Mutis y de la Expedición Botánica que dirige.

Reiteradas y tesonerías han sido las gestiones realizadas por España y Colombia para la publicación de tan insigne aporte a las ciencias naturales. Don Mariano Lagasca recibe de Fernando VII el encargo de publicar inmediatamente aquella parte de la *Flora* que esté concluida; el casi olvidado Ezequiel Uricoechea es el primer colombiano que tiene la suerte de espigar en el mundo maravilloso de la "Flora de Bogotá" preservado en el Jardín Botánico de El Prado; después el sabio don José Triana en 1881, gracias a los buenos oficios de don Carlos Holguín, recibe toda clase de facilidades por parte de España y se le autoriza para la reproducción total de la magna obra; a él corresponde la clasificación sistemática del tesoro. Más tarde se plantea el grave problema de la existencia de los textos científicos mutisianos. Sabios como Gredilla, autor del mejor libro sobre Mutis publicado hasta hoy; don Ignacio Bolívar y don Francisco de las Barras a quien tantas investigaciones y tan útiles se deben para la historia de las Expediciones científicas del siglo XVIII, así como, especialmente, para la localización en España del texto original de la FLORA DE BOGOTA y demás trabajos inéditos del sabio Mutis, se muestran todos acordes en que es inútil buscar más en España el texto o textos científicos de Mutis. De esta opinión participan en Colombia cuantos han estudiado, poco o mucho, la vida y la obra del genial naturalista gaditano.

Las conclusiones de los profesores Bolívar y de las Barras son definitivas al respecto.

"Vemos, pues, escribe de las Barras en su documentado estudio "La Flora de Bogotá", Madrid, 1931, que está latente la creencia de que con las láminas vinieron a España las descripciones de las especies de plantas en ellas representadas, creencia de que muchos han participado, *hasta que un conocimiento detallado de los papeles de Mutis existentes en el Jardín Botánico de Madrid ha venido a demostrar que entre ellos no se encuentran tales descripciones. ¿Qué es lo que ha sido de ellas? ¿Podría si viviera, dar noticias ese extranjero que quería comprar láminas y todo? No es imposible, pero carecemos de datos sobre este aspecto del asunto. Nosotros tan sólo, como consecuencia de nuestras investigaciones realizadas en el Archivo de Indias, de Sevilla, durante el verano de 1929, hicimos en la sesión de 2 de octubre de ese año, de la Sociedad Española de Historia Natural, varias afirmaciones que constan en el Acta y fueron publicadas en el tomo XXIX del "Boletín" de la Sociedad corres-*

pondiente a ese año, página 289. Dice el Acta de la sesión: "Pidió a continuación la palabra el señor Barras y dijo que, atendiendo muy gustoso a las indicaciones de su querido maestro don Ignacio Bolívar, se había dedicado en Sevilla este verano a realizar en el Archivo de Indias algunas investigaciones referentes a la Flora de Bogotá, de Mutis, cuyas láminas se custodian en nuestro Jardín Botánico y añadió que, sin perjuicio de un trabajo que prepara acerca del asunto y sobre el cual acaso se decida a dar alguna conferencia, desea hacer constar en acta las siguientes afirmaciones: 1o.) El texto de la FLORA DE BOGOTA no está en España ni nunca fue traído a la Península. 2o.) Hay muchos datos que hacen pensar que Mutis no llegó a redactar la obra, pero en todo caso puede asegurarse que siempre distó mucho de estar terminada. Añadió el señor Barras que, admitido que hubiera una parte redactada, sería necesario averiguar si está en Colombia, si ha desaparecido por destrucción o si en alguna ocasión vino a Europa, donde pudiera acaso conservarse el original de dicha parte redactada, o acaso también haber sido mezclada con otros materiales y sin nombre de su verdadero autor haber ido a enriquecer alguna flora extraña" 11.

La fortuna reservó a un historiador colombiano el hallazgo de buena parte de las descripciones botánicas y de los Diarios o Protocolos de don José Celestino Mutis, buscados en vano desde hace más de un siglo.

La segunda tarde de mi llegada a la Metrópoli de España, en noviembre de 1947, busqué el romántico Jardín Botánico no con ánimo aún, no era propicio el momento, de iniciar mis trabajos de investigación; quería simplemente recorrer sus paseos, contemplar las estatuas y los bustos de los naturalistas españoles y conocer el paseo "José Celestino Mutis". Pero estábamos en Madrid y un conserje solícito que nos descubrió y notó la curiosidad embelesada con que mi esposa y yo observábamos el Jardín, nos insinuó si queríamos conocer a su director. Fuimos anunciados como hispanoamericanos y el sabio Profesor Don Arturo Caballero nos recibió en su "sancta sanctorum". Tenía en sus manos el esqueleto de una planta herbórida por la Expedición Botánica y delante de sí el volumen de láminas correspondiente. Un *Lycopodium*, arrancado del suelo colombiano hacía más de un siglo y copiado magistralmente en Mariquita o en Santafé, fue mi primer encuentro con el tesoro tantas veces soñado. Más tarde el Director se enteró de que quien tal visita inesperada le hacía era el Cónsul de Colombia, enamorado como él de la obra de la Expedición Botánica y desde el primer momento, pese al celo español por sus tesoros, las puertas del Jardín Botánico se me franquearon con generosidad y espíritu de cooperación que jamás olvidaré. El archivo tan deseado por mí desde hacía tantos años, pude consultarlo en cuantos momentos fueron posibles durante mi inolvidable residencia en Madrid.

Un estudio minucioso, tesonero y metódico de la totalidad de los fondos que constituyen el abundante archivo de Mutis y de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada —se cuentan por millares los manuscritos—, me permitieron establecer la existencia del valioso hallazgo histórico-científico con que coroné mi labor en la Madre Patria. Desglosados los “Diarios Científicos”, esparcidas en numerosos legajos las clasificaciones botánicas, barajados en mil formas los folios que contienen lo que se ha salvado de la obra admirable de Mutis, emprendí la magna empresa de su selección y organización cronológica.

En las determinaciones del sabio Mutis la botánica descriptiva quiere superar y supera a las maravillosas láminas. Puedo afirmar que al mismo tiempo en que en forma magistral se pintan los Iconos de la preciosa FLORA DE BOGOTA, su Director los describe en forma microscópica, escrupulosa en sumo grado y en tal manera rigurosa que nada se escapa a su ojo avezado ni a su lente. Hoy la Botánica ha simplificado notablemente esta tarea, pero para su tiempo difícilmente puede haber quien lo aventaje en este campo científico.

La lectura de los Diarios o Protocolos de Mutis, donde día a día deja consignadas sus observaciones y la labor de la Expedición, es apasionante no solamente por el método rigurosamente científico empleado, sino por la sinceridad con que deja conocer sus íntimos sentimientos, las efusiones de su alma de sabio ante los fenómenos y maravillas que la naturaleza colombiana le brinda. Ingenuo, sincero, todo corazón, se muestra aquí quien en su trato con los humanos pasa por reservado y a veces huera. En sus soledades de minero, en su peregrinar por tantos caminos del Nuevo Reino de Granada, en su diálogo con los humildes, en la contemplación de Dios en sus obras de la naturaleza, su espíritu se hace más íntimo para llenarse de luz e irradiar sobre la inteligencia de sus preclaros discípulos y seguidores.

Quienes repasan cuidadosamente las abundantes páginas coordinadas por mí para establecer la cronología deshecha de los Diarios, desintegrados para distribuir sus páginas fragmentadas conforme las descripciones allí contenidas que son agrupadas según las clases establecidas por Linneo, se encuentran además referencias reiteradas a la existencia de las descripciones botánicas de los especímenes estudiados independientes de las consignadas en el dietario. Podrá observar el estudioso de los Diarios que Mutis lleva registros diferentes donde consignar materias específicas como meteorología, zoología, entomología y mineralogía a las que alude constantemente.

Además de las densas páginas de los Diarios, en los que infortunadamente hay lagunas insalvables, pues podemos asegurar que no falta un día de la vida del naturalista sin que haga los registros de cuanto oye, estudia o colecciona. Es más, como

fruto de mi largo y cuidadoso estudio del magno archivo conservado en Madrid, formé tres gruesos legajos de 823 páginas que contienen “Descripciones Botánicas para la Flora de Bogotá” hechas a partir de su feliz llegada a Cartagena en 1760 hasta el año de 1794. Infortunadamente ocurrió el extravío de estos tres legajos que tanto sirvieron al inolvidable botánico Padre Lorenzo Uribe para componer su obra cumbre, las Passifloráceas y las Begoniáceas de la Expedición Botánica, piedra sillar de la publicación que tanto honor hace a las ciencias, las letras y las artes de nuestra afortunada Patria, teatro de tanta magnificencia botánica.

Felizmente después de haber copiado a máquina, en tarea laboriosísima, aquellos textos, tantos de ellos en latín, la lengua de la ciencia, tuve la precaución de hacer tomar algo más de 1.600 filminas, aún inéditas, que contienen los documentos botánicos que forman los trece primeros paquetes, “líos” les dicen en Madrid, de los 25 entre 65 que forman el copioso y extraordinario repositorio relacionado exclusivamente con los trabajos botánicos de la Expedición. Sin embargo de la abundancia de tales manuscritos no constituyen, ni mucho menos, la totalidad de los documentos taxonómicos salidos de la pluma y de la sabiduría de don José Celestino, que todo lo hace personalmente. Debemos resignarnos a dar por perdidos definitivamente los demás y acaso los más numerosos. Con los que se conservan se demuestra con creces el esfuerzo científico formidable de Mutis y de Eloy Valenzuela, únicos botánicos sistemáticos que trabajan la descripción de la Flora. Valenzuela por breves años y a la muerte del Maestro por excelencia, lo poco que puede hacer su sobrino Sinforoso, a partir de 1809.

El acervo total del archivo que tuve la satisfacción de estudiar en su magnitud, si no para copiarlo, tarea imposible para un hombre, sí para establecer la ingente obra de Mutis en los más increíbles aspectos de las ciencias que profesó con suma responsabilidad. Gruesos legajos, muchos superiores a los quinientos folios, dos o tres mayores, cuyo registro realicé entre los años de 1947 a 52 de mi permanencia en Madrid, primero como Cónsul de Colombia y luego, la temporada más larga, a expensas de mi entusiasmo creciente por la gloria y la memoria del bien llamado “Oráculo del Nuevo Reino”, como él mismo se denomina en carta confidente de sus desgracias al médico y botánico Martínez de Sobral.

Desde el año de 1952 esperan impasibles a que les llegue su hora los siguientes volúmenes documentales:

“José Celestino Mutis. Memorias Científicas: tratan de Medicina general, Fisiología, Terapéutica, Botánica Médica, Higiene, Química, Matemáticas y Astronomía, Ciencias Naturales, Mineralogía, Catálogos y observaciones sobre especies botánicas, aves y peces del río Magdalena; entomología, poligamia de las plantas de América, Sociedad

Patriótica de Amigos del País y Censuras a publicaciones realizadas en Santafé de Bogotá". Este volumen o volúmenes, felizmente en vía de publicación.

"Diario de Observaciones de José Celestino Mutis" (1763-1790), distribuidos así: año de 1763, páginas 27; año de 1777, páginas 67, año de 1778, páginas 238; año de 1779, páginas 18; año de 1783, páginas 159; año de 1784, páginas 568; año de 1785, páginas 187; año de 1786, páginas 21. Total 1.285 páginas, ya publicados y en circulación la segunda edición patrocinada por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.

"José Celestino Mutis. Descripciones botánicas para la FLORA DE BOGOTA" (1760-1794), con un apéndice que comprende "Florones" estudio de Francisco Javier Matís y algunas determinaciones de Sinforoso Mutis, 823 páginas, material extraviado pero que se conserva felizmente en las micropelículas. "La Biblioteca de José Celestino Mutis", páginas 100. Su historia y sus fondos.

"Documentos inéditos para el estudio de la Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada" (1782-1818), que comprenden: Orígenes inmediatos, 16 páginas; documentos generales, 489 páginas

y un suplemento con 12 páginas seguidas de 53 páginas relacionadas con Valenzuela, Caldas, Rizo, Matís y Sinforoso Mutis.

"Documentos para el estudio de la vida y la obra de Fray Diego García". (1783-1793), 118 páginas. Legajo también extraviado, inédito.

"Jorge Tadeo Lozano - Fauna cundinamarquesa" y otros estudios.

"Francisco Antonio Zea. Estudios botánicos, proyecto de reorganización de la Expedición Botánica, discursos científicos y correspondencia inédita con el sabio español Cavanilles".

Estoy cierto de que el material compilado hace ya treinta años, el que he preservado a la espera de su hora, se irá publicando lo antes posible para el uso de cuantos sabios colombianos o extranjeros deban continuar con la rápida publicación de la Flora de la Expedición Botánica, responsabilidad que recae ahora en el Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional, con el compromiso de presentarla al mundo en 1992, al numerarse cinco siglos del Descubrimiento de América para el mundo occidental, como la manifestación grandiosa de la obra cultural de España en Hispanoamérica.

REFERENCIAS

- 1) Carta de Mutis al Profesor Pedro Tomás Bergius, de 26 de diciembre de 1776, en "Archivo Epistolar del sabio naturalista don José Celestino Mutis", Tomo I, Compilación, Prólogo y Notas de Guillermo Hernández de Alba, carta 23, páginas 89 y 90.
- 2) En su carta al Rey de España de 20 de junio de 1764.
- 3) Carta al doctor Francisco Martínez de Sobral, Mariquita, 19 de diciembre de 1789. Ibid. págs. 502 a 507.
- 4) En su carta al Arzobispo-Virrey, 27 de marzo de 1783, Ibid. pág. 114.
- 5) Archivo Nacional, Salón de la Colonia, Impuestos varios, 15, folios, 826 a 828 vuelto.
- 6) Archivo de Caycedo, copia que me fue facilitada por el doctor Bernardo J. Caycedo (q.e.p.d.).
- 7) Oficio. En contestación a las dos reales órdenes sobre los progresos de su obra, Ibid. pág. 42. Tomo II, págs. 43 a 51.
- 8) Archivo general de Indias, Sevilla, Real Audiencia de Santafé, legajo 667.
- 9) Real Jardín Botánico de Madrid, Archivo de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, paquete 13.
- 10) Ibid.
- 11) De las Barras de Aragón, Francisco, LA FLORA DE BOGOTA, Madrid, 1931, páginas 6 y 7.